

SOFIA CASANOVA, AUTORA DE *LA MADEJA*

María del Carmen Simón Palmer
(C.S.I.C.)

Varios son los motivos que nos han llevado a tratar del estreno de esta pequeña comedia, única obra dramática de Sofía Casanova. De una parte la importancia de su selección por Galdós, dado los escasos contactos de don Benito con el mundo intelectual femenino, ya muy numeroso entonces. En efecto, no aparecen colaboraciones suyas en las publicaciones femeninas por excelencia pero sí escribe, por ejemplo, en «El Parthenon», revista dirigida por Josefa Pujol, la única helenista española en aquel tiempo. Es indudable la admiración de Galdós por mujeres de una inteligencia fuera de lo común y que en la mayoría de los casos se salieron del comportamiento habitual en su sexo.

Otro motivo es el tratar de redescubrir a una autora a la que aquel mismo año en que se estrenó «La madeja», don Emilio Cotarelo y don Antonio Maura pensaban proponer para el Premio Nobel de Literatura. El estallido de la primera Guerra Mundial obligó a Sofía a marchar a su segunda patria, Polonia.

Por último nos ha parecido interesante el poder contrastar la versión que un autor da de cómo se ha efectuado la elección de su obra para ser representada, con la realidad de los hechos. Esto nos es posible aquí gracias a haber localizado el testimonio de la persona que actuó como intermediario entre Pérez Galdós y Sofía Casanova.

Cuando se profundiza en el estudio de la producción literaria femenina de la segunda mitad del siglo XIX, destaca el escaso número de autoras dramáticas en comparación con las que cultivaron otros géneros. Escritoras como Pastora Echegaray, Julia de Asensi, Adelaida Muñoz o Pilar Contreras pudieron estrenar en teatros de segunda fila, cuando consiguieron hacerlo en Madrid, y muchas otras se contentaron con que fuera el público infantil el que las representara.

Tras Gertrudis Gómez de Avellaneda sólo Rosario de Acuña había conseguido representar sus dramas en el escenario de el Español, antes de Sofía Casanova. Y es curioso que sea una de las escasas escritoras a las que don Benito elogiará, sobre todo si tenemos en cuenta su conflictiva personalidad.

Rosario de Acuña, nacida en Madrid en 1851, viajó desde muy joven por toda Europa y sus primeras obras tuvieron un éxito extraordinario en el teatro. En el Español estrenó «Tribunales de venganza», drama trágico histórico en dos actos y epílogo, en verso, el seis de abril de 1880 y «La voz de la Patria», cuadro dramático en un acto y en verso, el veinte de diciembre de 1893. Pero poco a poco fue enfrentándose a la Iglesia, hasta declararse abiertamente librepensadora. A partir de ese momento, todos los críticos, aun reconociendo su talento, lamentaron la «desviación» y repitieron en sus comentarios la frase de uno de ellos:

«Es considerada por los hombres como una literata y por las mujeres como una librepensadora, y no inspira simpatías a ninguno de los dos sexos». Exiliada en Portugal el año 1911, a raíz de la publicación de un artículo suyo en el «Internacional» de París y luego en «El Progreso» de Barcelona en el que atacaba a los universitarios españoles, a su regreso, perdonada por el Conde de Romanones, se retiró el resto de sus días a Asturias.

Pérez Galdós, el año 1933, al inaugurar el Ayuntamiento de Madrid un grupo escolar con su nombre diría:

«Ella ha abordado todos los géneros y formas de la literatura, la tragedia, el drama histórico, la poesía lírica, el cuento, la novela corta, el episodio, la biografía, el pequeño poema, el artículo filosófico, político y social y la propaganda revolucionaria»¹.

Sofía Casanova y Galdós

Ideológicamente opuesta a su antecesora en las tablas del Español, Sofía Casanova fue también una escritora excepcional, no sólo por su calidad literaria, sino también porque las circunstancias de su vida y el llegar casi a los cien años le permitió realizar una obra que abarca todos los géneros literarios, desde la poesía, pasando por la novela y muy especialmente la crónica periodística como corresponsal del diario ABC en Polonia y Rusia.

Nacida el 30 de septiembre de 1862 en Almeiras, cerca de La Coruña, colaboró desde muy pequeña en publicaciones infantiles. Ya en Madrid, fue pronto protegida por Ramón de Campoamor, quien la introdujo en las tertulias literarias del Conde de Andino y del Marqués de Valmar, y le presentaría más tarde a la persona que decidiría su agitado futuro, Vicente Lutoslawski, filósofo de la aristocracia polaca que había venido a España para investigar sobre «El pesimismo en Europa». La boda entre ambos se celebró en 1887 y Sofía se trasladó al señorío de Drozdwo, propiedad de su marido. Varias veces vino a España atravesando toda Europa y sus viajes le permitieron conocer a personalidades del mundo intelectual y político: Tolstoi, Maria Curie, Morel Fatio, cuyas opiniones sobre lo español recogió en libros y conferencias.

Su afición al estudio le llevó a conocer cinco idiomas y traducir los escritores polacos más famosos como Sienkiewicz o Kowalewska al español. Su propia obra fue vertida al francés, polaco, sueco, holandés, etc.

Desde sus primeros viajes a España, Sofía frecuentaba la tertulia de otra gran escritora amiga de su juventud, Blanca de los Ríos, y allí acudía también otra gallega ilustre, doña Emilia Pardo Bazán. Nos cuenta Goy de Silva en un artículo publicado en el diario ABC de Madrid el 6 de abril de 1958, poco después de fallecer Sofía, cómo se produjo el encuentro entre nuestros protagonistas. El mismo la había conocido una tarde en casa de Blanca de los Ríos, y presentado como poeta y gallego por añadidura se ganó de inmediato un asiento entre doña Emilia y Sofía. Desde entonces acudió con asiduidad a la casa de ésta en la calle del Marqués de Urquijo, adonde también iban personalidades como Segismundo Moret o Ramón y Cajal con su esposa.

Creemos, sin temor a equivocarnos, que don Benito conocía a Sofía Casanova antes de hacerlo personalmente, aparte de por su obra, por otros dos conductos al menos. Uno sería la común amiga, Pardo Bazán, y el otro la esposa del doctor Tolosa Latour, el íntimo amigo de don Benito. Milagros Sanchís de Tolosa colaboró desde los primeros momentos en el Instituto de Higiene Popular, obra benéfica fundada en Madrid por Casanova y que tenía como misión la asistencia domiciliaria a las madres y el enseñarles a cuidar a sus hijos. Cuando Sofía tiene que ausentarse de Madrid en 1914, le sucede en la Presidencia de la institución Milagros Sanchís.

Es interesante contrastar lo que la autora de «La madeja» nos cuenta sobre su encuentro con Galdós en la autocrítica aparecida dentro de la sección dirigida por Ricardo Catarineu en *La Correspondencia de España*, el 10 de marzo de 1913 y la que años después daría el intermediario en aquella presentación, Goy de Silva.

Comienza dando detalles de la situación de aislamiento intelectual respecto a todo lo español en que se encontraba en Polonia, y cómo tras cumplir sus obligaciones familiares acudía a una asociación denominada «España» donde se cultivaba todo lo que se relacionaba con el arte, la historia y la literatura de su país. Allí escribió «La madeja» y ya en España pensó resumirla en forma de novela para la colección «Los Contemporáneos» pero antes y por casualidad se la leyó a Goy de Silva. Y nos dice:

«Al día siguiente me manifestó que don Benito deseaba vivamente conocerla y le rogaba que se la enviase».

Pasados ya cuarenta años Goy cuenta que Sofía le expuso con «vivísimo» interés su deseo de conocer personalmente a Galdós y como el poeta acompañaba a don Benito muchas tardes desde su hotel de la calle de Hilarión Eslava en su habitual paseo en coche por la Moncloa, aprovechó para abordarle

«...Don Benito exclamó alarmado: ¿Otro estreno? ¡Por favor Goy, amigo, confórmese con estrenar lo suyo!».

Le habló a continuación de que la empresa le ponía trabas a todo, ya que su único empeño era estrenar «Nena Teruel» de los Quintero, que confiaban

que fuera el puntal de la temporada. Pero Goy estaba dispuesto a cederle su puesto a Sofía, lo que a la larga hubiera sido un acierto por el fracaso que tuvo su obra. Tanto empeño asombró a don Benito:

«— Divina ilusión! —susurró aquel gran corazón—. Todos creen lo mismo. Todos se figuran que un estreno va a darles la fama y la fortuna... En fin, iremos a ver a Sofía... Sí, prefiero ir yo a verla».

La visita por tanto fue una sorpresa para nuestra autora que confesaba:

«Yo le debía más que todos los españoles porque en Siberia sus «Episodios Nacionales» me revivieron... y el gran español que se hiergue con la cortesanía de los castizos señores, vino a mi casa, dándome la inmensa emoción de estrechar su mano por primera vez. Yo no conocí hasta ese día a don Benito Pérez Galdós».

Sofía, tendiendo las manos a don Benito le condujo desde el recibimiento hasta el saloncito «como un lazarillo amoroso». El maestro avanzaba, arrastrando los pies, sonriente y sin decir palabra. Ya en el salón le ayudó a acomodarse en una amplia butaca y ella se arrodilló a sus pies sobre un almohadón. Y para completar la escena, Sofía hizo gala de una de las características de la mujer gallega, esa habilidad con mezcla de ternura que le ha dado fama de conseguir siempre lo que se propone, y exclamó:

«¡Qué emoción, don Benitiño de mi alma! Es comparable a la que sentí en Roma cuando me recibió el Papa».

Sin duda la comparación desarmó a Galdós, siempre sonriente, nos dice Goy, y tan solo pudo contestar:

«¡Bueno, bueno, señora, que no es para tanto!»².

Lo cierto es que la pobre Sofía no podía ni siquiera leer por los nervios y tuvo que hacerlo Goy. Ella misma reconoce:

«No me importó ni la lectura, ni mi comedia, nada más que la venerada persona, sus palabras, la quieta mirada de sus ojos que ya no ven».

Tras escuchar el primer acto Galdós decidió que ya era suficiente y que el resto se leería ante la compañía pocos días más tarde.

La obra y su estreno

El teatro Español a raíz de hacerse cargo de la empresa el Sr. Madrazo estrenaba con una frecuencia pasmosa. La explicación se hallaba en que para conseguir la concesión del contrato se había comprometido en el pliego de condiciones, de modo espontáneo y sin que nadie le obligara, a dos cosas muy difíciles de conseguir. De un lado contratar a una serie de brillantes actores y de otra a estrenar cada temporada un «minimum» de tres obras de autores noveles³.

Esta cláusula explica en parte la aceptación de obras como «La madeja», al tratarse de la primera pieza dramática de su autora, y el rechazo en cambio, pocos días antes, de otras de ilustres escritores como «El embrujado» de Valle-Inclán. El otro factor decisivo sería, sin duda, su contenido amable, ya que de lo que se trataba era de atraer al público y hacerle pasar un rato agradable.

Ya hemos visto la desesperación de Galdós como director artístico, con unos criterios literarios muy diferentes de los de la empresa que lógicamente buscaba el beneficio económico en primer lugar. En el caso de la obra de Sofía Casanova pesó además la influyente opinión de la primera actriz, Matilde Moreno, más favorable siempre a representar papeles que contribuyeran a resaltar su agraciado físico, como sucedía en el caso de la americana protagonista de «La madeja».

La propia Sofía en su autocrítica definía su comedia como «femenina en el sentido menos lisonjero de la frase» y reconocía que no tenía tesis ni trascendencia. La acción se desarrollaba en un ambiente refinado, como era el saloncito de lectura de un hotel de la Costa Azul, y entre personas de elevada clase social. El argumento respondía a una idea muy propia de las escritoras españolas, la de que las extranjeras con sus afanes de emancipación deseaban la destrucción de la familia. Numerosos escritos de los últimos años del siglo XIX y primeros del actual dan cuenta de la preocupación de nuestras autoras por defender lo que siempre se consideró la misión fundamental de la mujer, el cuidado de hogar y de los hijos. La reacción contra las corrientes feministas fue prácticamente unánime y muy especialmente contra las teorías nuevas que venían de los Estados Unidos. Una ilustre escritora Concepción Gimeno de Flaquer, directora del «Album ibero-americano», opinaba:

«En Nueva York, el país de las excentricidades y de los absurdos, el feminismo ha tomado un aspecto ridículo y hasta repugnante»⁴.

Es curioso cómo los críticos entendieron de forma distinta la relación título-contenido. Así explicaba el del diario *ABC*: «Una astuta yanqui envuelve a todos en una madeja, no tanto por distraer sus ocios veraniegos como para, con perverso instinto, derrotas de amor o contrariedades de niña caprichosa, acostumbrada a esta peligrosa táctica, que doblemente satisface sus aspiraciones de mujer y sus represalias un poco crueles de algún desengaño hondo y mortificante». En cambio para el comentarista de *La Tribuna* «La madeja» simbolizaba la atracción que el amor ejercía sobre los sexos: «El amor es como una madeja que se hila día a día en nuestra vida, que a veces atenaza nuestro corazón».

No era la primera vez que Sofía Casanova elogiaba a la mujer española en sus escritos. Aquel mismo año, en otro libro de gran éxito, «Exóticas», atacaba así a las americanas:

«En la epiléptica América, las yankees propagan teorías como la de la maternidad fuera del matrimonio y otras famosas».

Y su conclusión no podía ser más clara:

«En muchísimos casos no es libertad lo que necesitan sino retraining en una casa de salud o en un correccional de nuevo estilo para prófugos del matrimonio»⁵.

Finalmente el día 12 de marzo de 1913 a las nueve y cuarto de la noche se estrenó en el teatro Español de Madrid «La madeja», comedia en prosa dividida en tres actos. En el reparto, Matilde Moreno, Concepción Villar, Elisa Méndez, Jaime Borrás, José Calle, Alejandro Maximino, Rafael Calvo y Germán Sylas.

Toda la crítica coincidió al siguiente día en los elogios a la obra y a su autora, señalando el éxito obtenido. Se destacaba la personalidad extraordinaria de Sofía y su valor y en segundo plano el estilo ágil y ameno de su escritura. No fueron igual de generosos al opinar sobre los actores, ya que lo único que les gustó fue la belleza y la elegancia de la primera actriz, aunque no acertó a «americanizar» su personaje. Tampoco Borrás parecía hecho para los papeles de galán aristócrata. El crítico más benévolo, el del diario ABC, se limitó a comentar que la obra había sido «cariñosamente» interpretada.

La mala interpretación la noche del estreno, impidió que la comedia continuara representándose en días sucesivos, pero quedó como un recuerdo imborrable en la memoria de la que un año más tarde se convertiría en nuestra primera cronista de la guerra mundial.

BIBLIOGRAFIA

- PÉREZ CASANOVA, S.: *Poetas*, Madrid, Imp. de A. J. Alaria, 1885, XVI —106 pp— 1 h. 18 cms., Barcelona. *Arús* 103-5-11, Madrid. *Nacional* 1-28.388.
- *El doctor Wolski. Páginas de Polonia y Rusia*, Madrid, 1894.
- Madrid. *Nacional* 2-32.781. En *La novela corta*, año V, 1920. Madrid. *Ateneo*. Madrid. Edit. Madrid, 1935, 235 pp. Palau, XIII, 21.999.
- *Fugaces*, La Coruña, 1898. Barcelona. *Calaluña* A.83-8.º-7.078, Madrid. *Ateneo* G. 89510, *Nacional* 2-89.649.
- *Sobre el Volga helado. Narración de viajes*, Madrid, Libr. Fernando Fe, 1903, 107 pp. Madrid. *Nacional* V/C.ª 77-21. En *Novela Corta*, año IV, 1919, núm. 196. Barcelona. *Cataluña* 834, 41, nov. 12.º
- *Lo eterno. Narración española*, Madrid, R. Velasco, imp. 1907, 119 pp. Madrid. *Nacional* 1-31.887. En *La novela corta*, año V, 1920, n.º 218.
- *Más que amor. Cartas*, Madrid, R. Velasco, 1908, 268 pp. Madrid. *Nacional* 1-18.814.
- *Princesa del amor hermoso. Novela*, Madrid, Imp. de José Blass, 1909, lo hs. Madrid. *Ateneo*.
- *La mujer española en el extranjero. Conferencia dada en el Ateneo de Madrid el 9 de abril de 1910*, Madrid, Imp. R. Velasco, 1910, 56 pp., Madrid, *Ateneo*.
- *El pecado*, Novela. Madrid. Imp. «Alrededor del Mundo», 1911, 148 pp. Madrid. Edit. Madrid, 1926, 224 pp. Palau, XIII, 219.988. Madrid. Dédalo, 1942. Palau, XIII, 219.989.
- *El martirio en Polonia*, y Miguel Branicki, Madrid, Atlas, 1945, 302 pp.
- *El cancionero de la dicha*, Madrid, R. Velasco, 1911, XVII-182 pp. Madrid, *Nacional* 1-57.696. Madrid. R. Velasco, 1912, 184 pp. Madrid, *Ateneo* F-2444, *Nacional* 1-61.065.
- *Exóticas*, Madrid, R. Velasco, 1913, 181 pp. Madrid, *Nacional* 1-67.707.
- *La madeja*. Comedia frívola en tres actos y en prosa, Madrid, R. Velasco 1913, 83 pp. con retrato de la autora. Madrid. *Nacional* T-22.210 (Madrid. Imp. Alrededor del Mundo) (1913) 21 pp. a dos cols. (Los contemporáneos). Barcelona, *Instituto del Teatro* 18.639.
- Había colaborado ya entonces en «Flores y Perlas», «La España Artística», «El Liberal», «La Tribuna», «El Imparcial», «La Iberia», «La Gran Vía», «Acción Gallega», etc.

NOTAS

- ¹ *Rosario de Acuña en la escuela*, Madrid, ECO, 1933, p. 16.
- ² R. GOY DE SILVA, en *ABC*, 1958, abril 6.
- ³ CARAMANCHEL, en *Nuevo Mundo*, Madrid, 1913 marzo 20.
- ⁴ *Album iberoamericano*, Madrid, 1898.
- ⁵ Madrid. R. Velasco, 1913, pp. 145-53.